



**Historia de la piratería en América española.**  
C. Saiz-Cidoncha. Editorial San Martín, Madrid 1985. 395 págs.

Si traemos a colación este libro y le dedicamos incluso una reseña no se debe precisamente a sus virtudes, de las que anda algo escaso, sino más bien a la singularidad del tema y al interés que siempre ha suscitado entre el público en general, quizá por su marcado significado mítico. Efectivamente el libro de S. Cidoncha (publicado por lo demás en una casa editorial especializada en temas relacionados con la marina y la guerra naval) no aporta nada nuevo a la nebulosa historia de la piratería. Tampoco la sitúa en una perspectiva distinta a la hasta ahora tradicional manera con que la historiografía española ha tratado el papel del corso y el filibusterismo en relación con la historia hispano/americana. Por el contrario el punto de vista del autor se nutre de esa sarta de viejos tópicos y condenas morales con que los historiadores españoles han despachado habitualmente al mundo de los piratas, corsarios, bucaneros y demás gente de esa laya. Gentes, todo hay que decirlo, que en una época de miseria y opresión hicieron de sus existencias un asunto que solo a ellos les competía decidir.

La piratería a gran escala que empieza a surgir en aguas del Atlántico a mitad del XVI y que va a durar dos siglos con intensidad, no cabe duda que fue incentivada, protegida y, naturalmente, manipulada por diversos gobiernos y sociedades europeas que la utilizaron para sus propios intereses, tanto económicos como políticos. Y eran justamente gobiernos de países que estaban ya lanzados a considerable velocidad por la vía del futuro desarrollo capitalista (en este punto cabría reflexionar sobre el capitalismo y los valores éticos tradicionales).

Ahora bien, independientemente de su exterioridad el mundo del corso atlántico tiene una vida en sí, un funcionamiento propio, un estilo peculiar en el devenir histórico, y es precisamente ésto lo que urge resaltar. No nos podemos conformar con una historia limitada a reseñar la ferocidad de bucaneros como el Olones, la perfidia británica de Drake o Raleigh o el salvajismo de las rapiñas en alta mar. Hay que ir más allá y adentrarse en la naturaleza de estas comunidades de aventureros del mar, nutridas por gentes de la escoria social, por parias y marginados del mundo europeo que en cierta manera los expulsaba de sí. La piratería, en este sentido, puede ser considerada como una utopía más. Una utopía en una época en las que son frecuentes las utopías. Gentes que venían a poner en práctica allí donde ocasionalmente se establecieron las ideas matrices del milenarismo mesiánico con que en Europa habían soñado su futuro. Y esto no es un mito, es una realidad acreditada si conocemos la forma de vida en las colonias corsarias del Caribe cuyos ejemplos más notorios son sin duda Jamaica y la isla de la Tortuga. Estas bases (cuarteles de invierno del corso), se conciben como una organización de cofrades, de hermanos de vida que practican el comunismo de la simplicidad. Y ello moldeado e influido por la conciencia de lo efímero, por lo casual y cer-

cano de la muerte, que hace que en las colonias piráticas se viva la vida como un presente a consumir. De nuevo aquí el moralismo lleva a la perplejidad: hombres cuya vida fuera del combate transcurre entre orgías étlicas, bacanales de sexo y psicopatía homicida.

Acaso un elemento de interés en esta **Historia de la piratería en América española** sean ciertos datos, o más precisamente sugerencias, que nos indican como a partir de un cierto momento (hacia finales del XVII) el mundo del curso atlántico adquiere una propia autonomía, esto es, escapa al control de la maquinaria política que lo había protegido para convertirse en un fenómeno con una propia dinámica de funcionamiento, la más de las veces incomoda para sus antiguos benefactores. El tiempo de los Drake y de todos aquellos que además de corsarios exhibían sus galardones militares de funcionarios reales había pasado ya.

La piratería en el siglo XVIII va a devenir en una actividad a combatir y extirpar para naciones antes se habían servido de ella como Inglaterra, Holanda y Francia. Y esto por dos motivos; el primero debido a que la creciente independencia del curso (con intereses propios y funcionamiento autónomo) lo hacía ya inútil y además peligroso. El segundo, porque el comercio con América estaba ya asegurado; las sociedades empresariales se habían hecho cargo del tráfico marítimo y estaban en disposición de defenderlo sin necesidad de ayudas inciertas. Es este el momento en el que a la ineficacia de la burocracia comercial de funcionarios (España) le sucede la eficacia de los empresarios fletadores expertos en la ingeniería del beneficio.

En fin un libro al estilo rancio de la tradición americanista donde el historiador actúa de cronista y fechador de sucesos, con abundante uso (abuso) de adjetivos. Su virtualidad estriba en todo caso en recordarnos una vez más que la auténtica historia del curso atlántico aun está por escribirse. ¿Hay alguien que se anime?, la empresa merece la pena.

**Alejandro García**